

pierdas por indevoción, ó por desidia. El cielo, los astros, la tierra, todas las criaturas te predicán la bondad y la liberalidad del Señor: procura que todas esciten también tu humilde reconocimiento. Saca siempre alguna utilidad de todas las criaturas; usa de ellas de modo, que todas contribuyan á tu salvación. La vista del cielo, lo apacible de las estaciones, los servicios que te hacen los elementos, todo te advierte como te has de aprovechar de ellos, según el fin que te propuso el Señor cuando te concedió todos esos bienes. Ya te sientes á la mesa, ya salgas al paseo, ya estés en tu cuarto, haz siempre esta reflexión: *Quid hæc ad æternitatem?* ¿Como me podré aprovechar de esto para salvarme?

2 La Iglesia te ofrece mil medios; no hay que despreciar alguno, porque todos pueden conducir para tu salvación. Asiste siempre á sus sagradas ceremonias con aquel espíritu de religión, que inspira devoción y respeto. Jamás las hagas por bien parecer, ó por mera costumbre. Aprecia mucho los mas mínimos actos de religión y de piedad, que usa la Iglesia. Se desaprobaban ciertas devociones; se criticán ciertos piadosos ejercicios; se trata de simplicidad y de superstición todo lo que ata un poco el amor propio. Imponte una ley de respetar todo lo que se estima en la Iglesia: ceremonias, estaciones, procesiones, usos piadosos, ejercicios santos. Desde que se comenzó á sutilizar tanto, y á criticarlo todo, se nota que la religión se ha debilitado en la mayor parte de los fieles, y que en muchos se apagó enteramente la fe. Imita á los santos, pues nada vas á arriesgar en conformarte con sus ejemplos.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

SAN ANICETO, papa y mártir, en Roma, el cual en la persecución de Marco Aurelio Antonino y de Lucio Vero, alcanzó la palma del martirio. (*Véase su vida en las de este día.*)

EL TRÁNSITO DE SAN MAPALICO, mártir, en el Africa, el cual recibió la corona del martirio en compañía de otros muchos, según escribe S. Cipriano en la carta á los mártires y confesores.

LOS SANTOS MÁRTIRES FORTUNATO Y MARCIANO, también en el Africa.

LOS SANTOS MÁRTIRES PEDRO, diácono, y HERMOGENES, su ministro, en Antioquia.

LOS SANTOS MÁRTIRES ELIAS, presbítero, PABLO, é ISIDORO, monges, en Córdoba. (*Véase su noticia en este día.*)

SAN PANTÁGATO, obispo, en Viena.

SAN INOCENCIO, obispo y confesor, en Tortona.

SAN ESTÉBAN, abad, en el Cister en Francia, el primero que habitó en el yermo del Cister, y recibió con gozo á S. Bernardo y á sus compañeros cuando fueron á buscarle.

SAN ROBERTO, confesor, en el monasterio de Casa Dei, en la diócesi de Claramonte, fundador y primer abad de aquel monasterio.

SAN ANICETO, PAPA Y MÁRTIR.

SAN Aniceto, duodécimo papa despues de S. Pedro, fué originario de Siria. Nació hacia el fin del primer siglo; y la grande reputacion, que ya tenia en la Iglesia hácia la mitad del segundo, es testimonio de la santidad con que pasó los primeros años de su vida. Fué hombre de superior genio, de extraordinaria grandeza de alma, de tanto teson y de tanta intrepidez, que miraba con desprecio los mayores peligros; de zelo tan ardiente por la verdad y por la fe, que fué constante y universalmente tenido por azote de los herejes. Era venerado por uno de los mas sabios y mas santos presbíteros de la Iglesia de Roma, cuando habiendo sido coronado del martirio S. Pio papa el año de 157, fué nombrado Aniceto por sucesor suyo.

Tenia necesidad la Iglesia de un pontifice tan grande, en tiempo que la malignidad y la multitud de los herejes no perdonaba medio alguno para corromper la santidad de sus costumbres y la pureza de su fe. Casi todos estos enemigos declarados de Jesucristo se habian juntado en Roma, donde siempre ha reinado y florecido la fe en todo su vigor, con intento de hacer todo lo posible para envenenarla en la misma fuente.

En tiempo de S. Higinio papa habia venido á ella aquel impío heresiarca Valentino, que habiendo hecho grandes progresos durante el pontificado de S. Pio, adelantaba cada dia nuevas conquistas. Cierta miserable mujerçilla, llamada Marcelina, de la infame secta de los Carpocracios, ó de los Gnósticos, que tambien habia llegado á dicha ciudad, pervertia mucha gente. Desde el principio del pontificado del mismo S. Pio habia comenzado tambien el impío Marcion á sembrar sus errores en la cabeza del mundo cristiano: de suerte, que cuando Aniceto se sentó en la silla de S. Pedro, se vió como rodeado de monstruos que respiraban veneno; pero á todos los esterminó durante su pontificado, persiguiéndolos hasta sus mismas madrigueras, y no perdonando diligencia alguna para preservar á los fieles de la ponzoña con antidoto oportuno.

Echó Dios la bendicion al zelo y á los trabajos del santo pon-



S. ANICETO PAPA Y M.

tífice. En poco tiempo se vió libre el rebaño de las enfermedades contagiosas por los desvelos del pastor. Descubiertos y confundidos los Valentinianos, los Marcionistas y todos los demás herejes por el zelo de nuestro Santo, fueron objeto de la execración de todos. Instruyó y cultivó á su pueblo con tan feliz suceso, que Roma, centro de la unidad y de la fe, lo fué igualmente de la santidad, y teatro de la virtud cristiana: así lo testifica Hegesipo, que vino á Roma en tiempo de S. Aniceto.

Habiendo este insigne hombre, no menos sabio que santo, tratado en su viaje á muchos obispos de Occidente, y habiendo observado en Roma así la pureza de la fe, como la santidad de las costumbres de los fieles, admirado de uno y de otro, hizo un magnífico elogio del pastor y del rebaño. Escribió en cinco libros la Historia eclesiástica, desde la pasión de Cristo hasta su tiempo, que se reducía á una sincera coleccion de las tradiciones apostólicas; pero ya no nos han quedado de una obra tan antigua y tan auténtica mas que algunos fragmentos conservados por Eusebio, en los cuales se ve la sinceridad con que S. Hegesipo da testimonio de que hasta su tiempo no habia silla episcopal, ni ciudad cristiana, y sobre todo Roma, donde no se observase lo que manda nuestra santa ley, lo que los Apóstoles habian predicado, y lo que habia enseñado el mismo Jesucristo.

Hacian de cuando en cuando los herejes algunos esfuerzos para corromper la fe; pero la vigilancia de Aniceto atajaba los efectos de sus perniciosos intentos. Al principio de su pontificado le vino á visitar S. Policarpo, discípulo de S. Juan evangelista, y obispo de Esmirna, que lleno de estimación y de singular veneración á nuestro santo pontífice, tuvo especial consuelo en pasar á conferir con él algunos puntos de disciplina eclesiástica, en que aun no habian convenido las Iglesias griega y latina, y todavía no estaban decididos. Presto se concordaron los dos santos. Y como era tanto lo que S. Policarpo defería y respetaba al vicario de Cristo, y era tan singular la estimación que Aniceto hacia de Policarpo, estrecharon entre sí una íntima amistad. No contribuyó poco esta buena inteligencia para confundir á los herejes, y para conservar á los verdaderos fieles en la pureza de la fe que habian recibido de los Apóstoles; ni fué menos conducente para que floreciese en aquella capital la santidad de costumbres, que edificaba tanto á todo el mundo cristiano. Bien se puede asegurar, que si la verdad y la virtud fueron tan combatidas en Roma por aquella multitud de herejes que habian concurrido á ella, no fueron menos valerosamente defendidas por la

concurancia de tantos santos, y de tantos hombres grandes como juntó tambien en ella la divina Providencia.

Fuera de S. Aniceto, S. Policarpo y S. Hegesipo, de quienes acabamos de hablar, se vió al mismo tiempo en Roma S. Justino, uno de los mas brillantes astros de su siglo. Allí compuso la mayor parte de sus obras, que fueron tan útiles para disipar las calumnias de los gentiles, y para alumbrar á tan prodigioso número de herejes. Teniéndose por dichoso este insigne Santo de poder contribuir en algo al zelo de tan gran papa, estableció en Roma, segun el plan, que le dió el mismo Aniceto, una escuela de virtud, en que daba lecciones de religion á cuantos querian ser instruidos. Correspondió el fruto á su zelo; porque apenas se vió en otro tiempo tanta constancia y tanto fervor entre los fieles á pesar de la persecucion de los paganos, y de los esfuerzos que hacian los herejes, así para desalentar la fe, como para estragar las costumbres.

Gobernó la Iglesia S. Aniceto, segun Eusebio y Nicéforo, por espacio de doce años con admirable zelo, prudencia y vigilancia. Aun en tiempos tan turbulentos y tan nebulosos encontró lugar su zelosa solicitud pastoral para descender á las mayores menudencias de la vida ejemplar que deben observar los clérigos, y á muchos puntos importantes de disciplina eclesiástica.

Prohibió que los clérigos trajesen el cabello largo, segun la ordenación del Apóstol, y mandó que todos anduviesen con corona, ó tonsura clerical. Afirma S. Gregorio Turonense, que el autor de esta corona fué S. Pedro, en memoria de la corona de espinas del Salvador, y así es probable, que S. Aniceto estableciese por decreto lo mismo que hasta allí no era mas que una mera y piadosa costumbre. Lo cierto es que antiguamente solo se dejaba una especie de cerquillo al rededor de la cabeza, estando todo lo demás raído á navaja, á la manera que aun el día de hoy lo observan muchos religiosos.

Habia mucho tiempo que nuestro santo papa suspiraba ardentemente por el martirio. Aquel ardiente zelo, que manifestaba por conservar en su pureza el sagrado depósito de la fe, y por dilatar el reino de Jesucristo, parecia hacerle acreedor á este insigne favor del cielo; y así fué coronado del martirio en la persecucion de Marco Aurelio, hácia el año del Señor de 167, y su santo cuerpo fué enterrado por los cristianos en el cementerio de Calixto.

El año de 1590, Minucio, arzobispo de Munich, y secretario de Guillelmo, duque de Baviera, llevó á aquella ciudad la cabeza de nuestro Santo, y la colocó en la Iglesia de los padres

de la Compañía, donde es reverenciada con singular devocion.

En el de 1604, habiendo mandado el papa Clemente VIII, que todos los cuerpos santos que se hallasen en dicho cementerio de Calixto, fuesen sacados de él, y trasladados á lugar mas decente y honorífico, donde estuviesen mejor colocadas aquellas preciosas reliquias; Juan, duque de Altaemps, pidió y consiguió del papa el cuerpo de S. Aniceto, y mandando labrar una magnifica capilla, colocó en ella este inestimable tesoro en un suntuoso sepulcro de mármol, donde es reverenciado con la mayor devocion; y el mismo duque hizo el elogio de nuestro santo pontífice en estas pocas palabras: *Si la perfecta inteligencia de la Sagrada Escritura; si la inocencia y la santidad de la vida; si la gloria del martirio, bastan cada uno de por sí, como todos lo confiesan, para hacer á un hombre inmortal; ¿qué se deberá pensar del mérito y de la gloria de S. Aniceto, en quien todas estas cosas se juntaron?*

LA BEATA MARÍA ANA DE JESUS, VÍRGEN.

La beata María Ana de Jesus, ornamento brillante de la reforma de la religion Mercenaria, honor y gloria inmortal de su patria, nació en la corte de Madrid, por enero del año de 1565, y fué bautizada en la parroquia de Santiago á 21 del mismo mes y año. Sus padres Luis Navarro Ladron de Guevara, y Juana Romero de Villalpando, aunque nobles por lo ilustre de su linaje, lo eran todavía mas por la piedad cristiana que resplandecía en sus obras. La frecuencia de sacramentos, la distribucion de copiosas limosnas, la visita de hospitales, y otros ejercicios igualmente caritativos fueron los medios de que se valieron para alcanzar de Dios el fruto de bendicion con que les enriqueció, y para manifestarle por él su agradecimiento. Dios previene con sus bendiciones las almas dichosas que elige para sí, y aun en las acciones mas inocentes hace que ostenten los efectos de su gracia. Así se vió en la niña María Ana, la cual jamás se vió mancharse con aquellas propiedades infantiles, que son señales de la corrupcion de nuestra naturaleza, y piden toda la atencion de los padres. Recibia el alimento con tanta escasez y moderacion, que propiamente parecia un ayuno. Su quietud, su apacibilidad y la perpetua alegría que resplandecía en su rostro, al paso que acrecentaban la singular hermosura de que la habia dotado naturaleza, testificaban la paz y tranquilidad de su alma. A estas felices señales se juntaron otras no menos admirables que seguras, en las cuales se denotaban mas claramente las disposiciones del alma.



B. MARIA ANA DE JESUS V.